LA DECLINACIÓN DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA EN EL SIGLO XVII

COORDINADOR: FRANCISCO JOSÉ ARANDA PÉREZ

Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha
LA DECLINACIÓN
DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA
EN EL SIGLO XVII

Actas de la VIIª Reunión Científica de la
Fundación Española de Historia Moderna

Coordinador:

Francisco José Aranda Pérez

Ediciones de la Universidad
de Castilla-La Mancha
Cuenca, 2004
Con la colaboración de:
SOCIEDAD: LAS ÉLITES ANTE EL DECLIVE DEL PODER
Los valores nobiliarios ante una conciencia de crisis. La definición de honor y virtud de Francisco Miranda Villafañe: «Diálogos de la Phantastica Philosophia» de 1581*

José Antonio Guillén Berrendero
Universidad Complutense de Madrid

Para Lucía.

«y si uviere[en él] cosa que te de contento, le estimes en algo si lo mereciere, y con tanto vale1».

Para los teóricos nobiliarios castellanos de la segunda mitad del siglo XVI, las vicisitudes que afectaban a la monarquía no repercutían en la ontología de la nobleza, ni en las bases ideológicas sobre las que se asentaba el grupo, por el contrario, en ocasiones servían para reafirmarlas. Pudiera llegar a pensarse que existía una frontera entre ambos polos, y que el lenguaje utilizado por los autores distaba mucho de ser un

* La presente comunicación forma parte de mi tesina de licenciatura que bajo el título: Los valores nobiliarios en la Castilla de la segunda mitad del siglo XVI. Los conceptos de virtud y honor en Juan Benito Guardiola y Francisco Miranda Villafañe, presentada en el Departamento de Historia Moderna de la UCM bajo la dirección del profesor Adolfo Carrasco.

1 MIRANDA VILLAFÁNE, F.: Diálogos de la Phantastica Philosophia, Salamanca, 1581. p. 3. Desde ahora FMV.
Marco claro de referencia a la hora de comprender la exégesis nobiliaria. La aparente antinomia entre realidad y retórica quedaba minimizada ante el peso de una tradición cultural que situaba una serie de valores en la cúspide social y que eran comentados reiteradamente por los intelectuales a fin de reproducir unos esquemas fijos, que no por repetidos resultaban menos operativos. Este es el caso que nos ocupa en la presente comunicación.

En 1581 veía la luz en Castilla el texto de Francisco Miranda Villafañe: *Diálogos de la Phantastica Philosophia*. Obra esencial, pensamos, porque ofrece la posibilidad de analizar el fenómeno de la nobleza desde una perspectiva que podemos denominar «socializante» al introducir la variante de los valores ciudadanos dentro del excurso nobiliario. Pretendemos ofrecer una notas sobre la realidad nobiliaria de la segunda mitad del siglo XVI utilizando para ello esta fuente bibliográfica. Posteriormente y basándonos en el segundo de los tres diálogos que componen esta obra, ofreceremos una interpretación al fenómeno de la nobleza y sus valores atendiendo a las señas de identidad que se derivan de su función social. Finalmente expondremos unas conclusiones que pretenden dejar abierta la puerta a futuras investigaciones.

1. EL TEXTO DE FRANCISCO MIRANDA VILLAFAÑE

Obra de confusa identidad, de la cual Jesús Gómez², Armand L. De Gaetano³, Jacquelinne Ferreras⁴ mantienen la idea, por otra parte ya esbozada en el siglo XVII⁵, que Miranda plagió el primer y tercer diálogo (*Diálogo del Alma y el cuerpo y Diálogo del honor*) y que en algunos pasajes del segundo existen páginas que a su vez serían copias o adaptaciones textuales de otras obras castellanas⁶.

a) Diálogos del ánima y del cuerpo

Formado por 10 diálogos qué guardan un armónico conjunto retórico y argumental, es el más extenso de los tres que componen el texto mirandeño. Con un carácter marcadamente aristotélico. Lo podemos resumir en los siguientes ejes:

---

1. Cuerpo y alma. Debate entre ambos por el predominio sobre el hombre.
2. El conocimiento sensible de las cosas a través de la fe.
3. La importancia de la dignidad del hombre.

b) Diálogo de las armas y las letras

El texto de este diálogo representa un documento de gran valor social pues evidencia los cambios que se operan en la mentalidad de los intelectuales respecto a la coyuntura de su tiempo, y es mucho más que un simple ejercicio literario renacentista. Está planteado como un clásico diálogo entre armas y letras, y por ello hereda la vieja tradición medieval de las luchas entre clérigos y soldados. El diálogo es considerado por Jesús Gómez y Jacqueline Ferreras como lo más propio de Miranda, idea que reafirmamos, por desarrollar en él toda su teoría social sin necesidad de «plagiar» a otros autores.

Diálogo del honor

Es aquí donde se manifiesta abiertamente su concepción de la sociedad y de la nobleza en particular. Sin plantear una renovación del estamento privilegiado, como ya indicó con alguna ligereza Jacqueline Ferreras, Miranda manifiesta una doble vertiente, que resulta más evidente en el presente diálogo. Por una parte la constatación irrefutable de que el honor representa un valor político y que este es asumido por un grupo determinado. Por otra, matizar la necesidad de equilibrar el predominio del honor como valor unívoco de representación política. Navega Miranda entre ambas aguas, no abandona la doctrina social existente pero enfatiza en algunos casos la necesidad de una matización.

2. HONOR Y VIRTUD: INDICADORES DE LA NOBLEZA EN «EL DIÁLOGO DE LAS LETRAS Y DE LAS ARMAS»

En la primera mitad del siglo XVI Pedro de Mexía en su Silva de Varia lección bosqueja un cuadro sobre la esencia nobiliaria, y que inmerso con el pensamiento de la época forjó una ideología basada en la superioridad de la nobleza y del ejercicio de las armas y de los valores vinculados a ésta. Idea que no es novedosa pues también

9 MEXÍA, P.: Silva de Varia Lección, Sevilla, 1540.
la encontramos en otros autores como: Alonso de Cartagena\textsuperscript{10}, o en \textit{El Espejo de la Verdadera nobleza y el Breviloquio de virtudes} de Mosén Diego de Valera\textsuperscript{11}. El debate giró en torno a una aparente superioridad tradicional de las armas sobre las letras, y de cómo a lo largo del primer humanismo se plantea en la mente de los escritores la necesidad de un equilibrio de ambas realidades. La figura del intelectual enfrentado al soldado es abandonada por estos autores por la plasmación real de un individuo que sepa compaginar ambas actitudes que aparentemente resultan irreconciliables.

Coinciendo con el creciente interés que desde la pluma de los intelectuales se otorga al estudio de las letras frente al ejercicio de las armas, se viene desarrollando en Europa, como señaló Skinner, un «proyecto de civilizar a los guerreros de Europa»\textsuperscript{12}. Los constantes enfrentamientos entre las armas y las letras son en sí mismos el reflejo de los cambios sociales: se trata de dejar muy claro que lugar ocupa la nobleza tradicional y de discernir, como afirma Fernando Bouza que «podríamos preguntarnos si el poder nobiliario no buscó expresarse por medio de formas culturales específicamente propias de la más egregia cultura de la persona, alejándose —continúa Bouza— así \textit{motu proprio}, de la más común cultura letrada y sí, al hacerlo, hubo conciencia de que se estaba llevando a cabo una elección semejante»\textsuperscript{13}. A esto podríamos añadir que los nuevos grupos sociales también manifestaron un abierto deseo por justificar su posición dentro del entramado del poder de la Corte y la Administración. La coyuntura cambiante del siglo XVI coloca a la nobleza frente a un cambio de actitud más aparente que real. La tradicional relación entre el grupo y el ejercicio de las armas es poco a poco abandonada en aras de una reconversión hacia el aparato gubernativo. La profesionalización de las funciones políticas y militares que se operan en la corte filipina obliga al replanteamiento de una serie de estrategias políticas que lógicamente deben verse apoyadas en un aparato doctrinal oportuno.

Lo que Miranda y otros como él\textsuperscript{14} ofrecen al lector es una reflexión más o menos adaptada a la realidad de su tiempo. En ella encontramos los asuntos más relevantes

\textsuperscript{12} SKINNER, Q.: \textit{Los fundamentos del pensamiento político moderno}, México, 1985, p. 150.
\textsuperscript{14} Realizando una escalación de los posibles referentes intelectuales en los que bebe esta tradición que tendría su cúlmen en el diálogo de el Quijote, María Asunción Fernández Hoyos ha querido ver tres precedentes básicos: 1. \textit{La Silva de Varia lección} ya citada en notas precedentes, \textit{La Filosofía Vulgar} del sevillano Juan del Mal Lara de 1568, y un tercer item que debemos situarlo como es lógico antes y que lo representarían dos obras claves, \textit{El Elogio de la Locura} de Erasmo y \textit{El Cortesano} de Baltassar Castiglione. Ver el artículo: FERNÁNDEZ HOYOS, M. A.: «Las armas y las letras en Felipe II» en MARTÍNEZ MILLÁN, J.: \textit{Felipe II (1527-1598) Europa y la Monarquía Católica}. Madrid 1998, vol. 4, p. 119.
sobre la cota de poder de cada individuo en relación con su posición en el conglome-
rado cortesano-administrativo, las inquietudes que estos experimentan y manifiestan
con relación a los demás.

La corte filipina alentará que dentro del complejo polisinodial de la administración
convivan elementos sociales heterogéneos pero con un objetivo común, el poder y
servicio a la corona, asumiendo perfectamente una conciencia de grupo «que llegó a
constituir una capa de carácter estamental»\(^{15}\): Función social y status vinculados. Como
ha señalado Maravall esta tendencia a luchar por cotas de poder cada vez mayores para
los letrados debemos situarla en la Edad Media castellana, donde tras la finalización de
la Reconquista, la tradicional nobleza guerrera pareció quedar sin una función especí-
fica, y su posición en la administración real y municipal era cuestionada.

Los humanistas del siglo XVI castellano mantienen en líneas generales que la
profesión de armas concede un peso específico a quien lo desempeña y un rasgo de
distinción frente al resto\(^{16}\). El propio Villafañe realiza un análisis meramente de com-
promiso acerca de lo que suponemos va a tratar el asunto: «Diálogo entre las Armas
y las Letras donde se trata cual de las dos artes ha de ser antepuesta, y más estimada
por los hombres\(^{17}\)».

Establecer si el honor de las letras o el de las armas es el más relevante dentro de la
sociedad origina un cierto temor en los letrados hacia la nobleza de cuna, pues la fuerza
y el peso de la tradición histórica da la preeminencia social a la espada sobre la pluma:

«Armas: No huyays letras, ni tengays miedo, por que aunque seamos las
Armas a quien el universo mucho teme, y las grandes potencias se espantan,
no venimos para haceros ningún daño, sino a preguntaros y saber que razón
os mueve, a presumir de teneros cerca de los hombres, en un mayor premio
y estima que nosotras\(^{18}\)».

Comenzando el diálogo como un discurso de ida y vuelta, de réplicas y con-
trarréplicas entre las armas y las letras, estas últimas aparecen desposeídas de una
personificación real. Miranda va tejiendo en torno a ellas un cuadro de la realidad de
la Monarquía Hispánica que comienza a experimentar un cierto retroceso económico
motivado por la constante sangría de sus compromisos externos, y de unas luchas
internas en el seno de la corte\(^{19}\). Lo que el diálogo representa queda patente en la

\(^{19}\) DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: Notas para la periodización del reinado de Felipe II. Valladolid, 1986.
respuesta que las armas dan a las letras después que éstas desde una perspectiva aristotélica, llegan a compararse con el alma del cuerpo, y como las armas representarían el cuerpo:

«O letras quan engañadas estays, aunque pensays estar llenas de scien-cia, porque nosotras no somos solamente instrumentos militares, mas fuerza de animo, y de cuerpo, porque en la guerra, lo uno y lo otro es necesario, y mucho más el ánimo, siendo la virtud de la fortaleza»

En este párrafo se puede resumir todo el esquema global de la obra de Miranda. En el primer diálogo el planteamiento general consistía en la división del hombre en cuerpo y en alma, y en la aparente superioridad del alma sobre el cuerpo, y como para el perfecto funcionamiento de la persona debía existir una complementariedad. En el caso de la sociedad la idea es la misma, la traslación del cuerpo como metáfora organnicista de la sociedad cobra una vez más una importancia innegable.

Las virtudes propias de la condición de noble han sido patrimonializadas por el ejercicio de las armas, y Miranda es fiel a esta idea aplicando las virtudes que desde la tratadística nobiliaria se otorgan a la nobleza: liberalidad, fortaleza y magnanimidad a las armas. La prueba más irrefutable de que éstas, como la nobleza, dignifican a las repúblicas, la dan las grandes conquistas. La Monarquía Hispánica desde los tiempos de Carlos V ha otorgado a las armas el peso más relevante de la sociedad y de esta preponderancia de la espada sobre la pluma se ha llegado a la situación de dominio que goza la monarquía en estos momentos. Las armas engrandecen y dan señorío a las repúblicas:

«...por nuestro medio se adquiere la fortaleza, y la magnanimidad, porque solo nosotras conservamos la justicia, y con estas virtudes adornamos al fuerte, y le ilustramos por ser la virtud de la fortaleza real y heroyca. Por cuyo medio los Emperadores, y invincebles Capitanes, han siempre sojuzgado el mundo, adquiriendo grandes dominios, triunphales despojos, sublimes loores, y inmensos honores».

La Monarquía Hispánica gozaba del apoyo divino, era un argumento habitual entre los contemporáneos de Miranda quienes señalaban, que de la perfecta conjunción entre la divinidad y la fuerza de las naturales virtudes de los castellanos habían conducido

21 Ibídem: fol. 94v.
a la monarquía a su esplendor actúa\textsuperscript{22}. Así lo indican entre otros Baltasar Álamos Barrientos. Para los defensores del orden natural, la perturbación del mismo en el delicado equilibrio del poder traería consecuencias irreversibles para la monarquía. El ya citado Hurtado de Mendoza, culpó a los letrados que rodeaban a Felipe II de la sublevación de las Alpujarras granadinas\textsuperscript{23} al considerar que eran personas alejadas de la profesión militar y poco acostumbrados al gobierno.

Miranda Villafañe también admite la necesidad de que exista un orden en la preeminencia del poder. Alude a la autoridad de Aristóteles para reinterpretarlo interesadamente, e indicar que las riquezas son un término medio que ayudan a que el «hombre mejore», identificando riqueza con virtud y retomando el excurso hacia una metáfora sobre la virtud del hombre, considerada aquí como una riqueza. Así las armas serían las poseedoras de todas las virtudes morales y políticas que existen, y volviendo sobre un argumento aristotélico, acusa a las letras de no ser ni potencia ni acto, limitándose a ser «accidente».

La existencia de un humanismo de las Armas\textsuperscript{24} evidencia la necesidad de explicar el fenómeno de la función social de la nobleza desde otro prisma. Ya hemos visto que en el fondo late una cuestión de toma de postura y reubicación de los diferentes grupos ante el poder. Es el \textit{perpetum concilium} al que algunos se acostumbran. En el caso de Miranda muestra una actitud de absoluta defensa del peso de la espada en la administración de la monarquía, pero sin desdeñar la necesidad de que personas preparadas para el gobierno burocrático ocupen su lugar. Lo que en ningún caso se manifiesta en el texto es que la nobleza deba permanecer alejada del poder: su función sería de «tutelaje» sobre la acción de los letrados y demás miembros de la elite dirigente.

Profesionalización, esta es la palabra clave para comprender perfectamente el mensaje que nos lanza el autor. Dentro del pensamiento occidental a lo largo de los últimos 60 años del XVI, los intelectuales desarrollarán un discurso cerrado sobre la necesidad de un nuevo hombre de poder, de un moderno tipo de soldado e incluso de un distinto prototipo de rey. En el caso de los nobles, se va haciendo cada vez más constante la idea de que sean virtuosos en las armas y en el ejercicio de las letras (la toga). Así Guardiola y autores como Camos Requesens\textsuperscript{25}, Gutiérrez de los Ríos\textsuperscript{26}, afirman que

\begin{itemize}
\item \textsuperscript{22} ÁLAMOS BARRIENTOS, B.: \textit{Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado} Madrid, 1598, (Ed.) de Modesto Santos, Madrid, 1990.
\item \textsuperscript{23} HURTADO DE MENDOZA, D.: \textit{La Guerra de Granada}, 1571, p. 11.
\item \textsuperscript{24} MARAVALL, J. A.: \textit{El Humanismo de las Armas en el Quijote}, Madrid, 1948.
\item \textsuperscript{25} CAMOS REQUESTENS: \textit{Microscomia y gobierno universal del hombre cristiano para todos los estados y cualquiera de ellos}, Barcelona, 1592.
\item \textsuperscript{26} GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS: \textit{General estimación para las artes y la manera en que se conocen las liberales de las que son mecánicas y serviles con una exhortación a la honra y la virtud y del trabajo contra los ociosos y otras particulares para personas de todos los estados}, Madrid, 1600.
\end{itemize}
es necesario que un noble esté instruido en letras, pues las letras no son contrarias a la nobleza. Reafirmando esta idea, Miranda pone en boca de las letras:

«ya se sabe que dos son los muy mayores efectos y bienes de los hombres, con que se diferencian de todos los otros animales, el uno la amistad, y el otro la contemplación de las cosas celestiales con que se ve maravillosamente bolverse casi un dios».

El argumento general utilizado para ensalzar la función de las letras consiste en que acercan a Dios, que representa la absoluta perfección, de donde se infiere que si se posee nobleza y se es un hombre preparado en letras se consigue ser mejor, más profesional para el ejercicio del oficio que se deba ejercer por posición de los individuos en la sociedad.

Formar consejeros expertos a los que desde los tratados políticos ya se hace referencia y que responde a la cada vez más creciente dominación de los instrumentos del poder por parte de los mejor preparados, bien sea en el caso de agentes judiciales o como miembros de otra institución administrativa.

En el fondo del diálogo subyace la imperiosa necesidad de los individuos de adaptarse a las peculiaridades de los nuevos tiempos. Así en 1586, Juan de Castillo y Aguayo escribe: «según lo que corre de tiempo [...] con más facilidad se podrá andar de capa estudiando bien en los colegios que peleando en las batallas».

La dialéctica entre la nobleza y los letrados por asumir cada vez más cotas de poder en la Corte y en la administración de los asuntos de gobierno representó una parte más del debate sobre la nobleza. Sobre este asunto ya mencionó algo Pelorson aludiendo a la cada vez más inquietante presencia de letrados, que como estamos comprobando no pasó de alto a sus contemporáneos: Castillo de Bobadilla y su Política para Corregidores.

30 Cit. por MOLAS RIBALTA, P.: Consejos y audiencias durante el reinado de Felipe II. Valladolid, 1984, p. 83.
Como muy bien ha señalado Molas\textsuperscript{32}, «el gobierno de los letrados parecía afrentoso a los viejos nobles de espada» y esto no sólo ocurre en el corazón de la monarquía: desde el virreinato de Nápoles aparecen voces como la del Marqués de San Lucido, Ferrante Carrafa, contrarias a la presencia de letrados en el poder: «non tutti quei che governano e che portano la veste lunga sono atti a giudicare quel che conviene allo onor»\textsuperscript{33}.

Miranda era sensible a los asuntos más trascendentales de su época, y como conocedor de su sociedad intentó dibujar de manera lo más precisa posible los límites de su realidad. Lo nobiliario es el universo civilizador, su alejamiento del poder traerá consigo un evidente resquebrajamiento de sus posiciones. Esto es tanto así, que Miranda, al que no podemos considerar en ningún momento un crítico del orden social, deja escapar la opinión más generalizada sobre lo que la nobleza aporta a la administración, en una replica de las armas que se sienten atacadas en su esencia por las letras al insinuar que la guerra va contra la naturaleza humana y divina y plantea lo pertinente de la guerra:

«lo que dezís bien sabeys que compete mas a nosotras porque la administración de las repúblicas, de los reynos y Imperios el regir y conservar los bienes de los pueblos y el gobierno de las repúblicas por nosotras se sustenta. Por donde hemos de ser antepuestas mas a essa contemplativa sciencia de quanta quenta haceys»\textsuperscript{34}.

Apartando a la nobleza de la sociedad, nos dice el autor, estallará el desorden, y esta idea es absolutamente irreconciliable con la visión del mundo de él mismo y de sus contemporáneos. Sólo desde los afectos a estos grupos se llega a plantear la necesidad de redistribuir el poder, pero en ningún momento de desplazar; esto lo marca la dinámica de los acontecimientos, pero no la teoría política.

«La continua contemplación no da fruto mas para sí y así los contemplativos no son dignos de ser metidos en el numero de la república por el poco provecho que dellos se consiguen por el contrario vemos que en las armas, pues mantenemos la libertad de la república y el señorío de los príncipes y el gobierno de los imperios y así sin contradicciones hemos de ser mas estimadas que vosotras...»\textsuperscript{35}.

\textsuperscript{33} Ibídem, p. 84.
\textsuperscript{34} F. M. V.: \textit{Op. cit.}, fol. 96r.
\textsuperscript{35} Ibídem.
No niega Miranda la nobleza a los hombres de letras, argumento este que cada vez cobra más fuerza; lo que se pide es un pragmatismo profesional, que el ejercicio de las letras sea útil a la república. Guardiola36, exacerbado defensor de los valores de la misma, admite en su obra la utilidad social de las letras y de la actividad contemplativa, pero en ningún momento la compara con la de las armas: la virtud política sólo la pueden dar las armas, y es esta virtud la que condiciona a los hombres para el ejercicio de un determinado poder. De ello se desprende que únicamente los nobles están capacitados para desempeñar la carga del poder político en la administración.

Aparece el argumento del origen de las personas destinadas a dirigir el aparato administrativo. Los letrados, como señaló Maravall37, proceden de estratos sociales no aristocráticos y hay que relacionarlos con el desarrollo de una economía capitalista en Castilla, que situaría a este grupo como estamento intermedio entre la aristocracia y el estado llano, sirviendo de vehículo transmisor en ambas direcciones.

La guerra es el segundo gran tema que se aborda en el diálogo. La tradicional vinculación de la nobleza a la función guerrera es ahora cuestionada de manera evidente: autores de libros de estrategia, manuales de los diferentes cargos militares o la abundancia de una literatura profesional sobre la milicia evidencia que las cosas están cambiando. Los hechos de armas en los que la monarquía se ha visto envuelta a lo largo del XVI y la revolución militar38 derivada de la proliferación de armas de fuego, de unos nuevos medios militares es la aparición de una gran literatura. Textos que aquí citaremos pero que resultaría de gran interés que alguien se ocupara de investigar la gran difusión de los tratados militares. En nuestro caso sólo nos limitamos a dibujar gracias al texto de Miranda un leve bosquejo de la preocupación por una milicia profesional que puede quedar perfectamente explicada por la existencia de textos sobre el hecho del ejército y de los problemas de la milicia39.

36   GUARDIOLA, J. B.: Tratado de nobleza... fols. 22v-30r.
39   Entre el gran número de textos, así Marcos de Isaba, recoge en su Cuerpo Enfermo de la Milicia Española de 1594 la preocupación por los vicios que se arrastran en la milicia, por la necesidad de una mayor profesionalización de los nobles. En 1583, Bernardino de Escalante escribe su Diálogo del arte militar, donde repite lo urgente que se hace la existencia de profesionales en el ejército. Unos años más tarde y cuando las luces de los brillos militares de la anexión de Portugal se han apagado, Martín de Equiluz escribe en 1592 su Milicia, discurso y regla Militar, reiterando posiciones ya mencionadas, pero realizando un panorama de las fuerzas militares. Finalmente PALACIOS RUBIO escribe su Tratado del esfuerzo bélico y heroico dónde alude a la natural predisposición de unos al ejercicio de las armas, pero insistiendo en que los jefes y soldados deben estar preparados para la guerra.
Retomamos la segunda de las máximas de Miranda en el diálogo, la constante necesidad que las repúblicas tienen de un funcionario de letras profesional y un soldado profesional. Con estos argumentos básicos se mueve el eje del excurso mirandeño, que reitera en todo momento la necesidad de que las cosas sean útiles, negando de manera más que evidente que las cosas tengan valor en sí mismas. La contemplación no tiene utilidad ninguna sin su aplicación práctica. Lejos quedan los primeros aires del humanismo castellano, cuando autores como Fernán Pérez de Oliva escribían: «sólo el hombre es el que ha de buscar la doctrina de su vida con entendimiento tan cerrado y tan incierto como ya avemos mostrado»40.

Miranda aparece dotado de un pragmatismo social muy revelador, que busca lo mejor para la república y esto queda perfectamente reflejado en las contrarréplicas de las aparentemente inferiores, las letras, que en la contienda dialéctica aparecen como algo que debe defender su utilidad social:

«Letras: todos los sabios afirman que tan diferente es el hombre letrado del ignorante, quanto es lo vivo de lo pintado, no queriendo otra cosa mostrar, sino que nosotras somos un espíritu intelectual que ilustra a la razón, con tanto valor que de mortales vuelve a los hombres divinos»41.

El objetivo final del hombre de letras y de armas es un fin moral. Dios ha puesto los medios para que el hombre pueda llegar al fin supremo, ser mejor. Autores como Vives, Mariana, continuando la tradición aristotélica de la prosecución de un fin, mantienen esta idea. «La erudición, letras, doctrina» son ejes que, como manifestó Maravall42, tienen sentido en sí mismas, y el discurso intelectual giraría en torno a estas ideas clásicas. También Miranda participa de esta corriente, virtud y letras deben otorgar a la sociedad los beneficios de dicha combinación y que ésta a su vez deberá establecer los mecanismos necesarios para su reconocimiento.

Las armas forman parte del lenguaje de representaciones colectivas que entendemos por cultura nobiliaria y poseen en sí mismas un valor intrínseco a una condición social predeterminada; que las letras ocupen un lugar parecido es el afán de los que apoyan a los letrados en la administración. Miranda, que por su trayectoria vital ha estado cerca de ambas, mantiene la postura del conciliador.

No se centra el debate en las letras como aspecto intelectual, aunque formalmente se hable de la necesidad de que los nobles y los reyes sean personas letradas (huma-

42 MARAVALL, J. A.: El Humanismo de las Armas en Don Quijote, Madrid, 1942, p. 82.

— 603 —
nistas): la verdadera contienda consiste en la justificación por parte de unos, generalmente los nobles, de su posición en la sociedad, y de otro lado la desnaturalización de esos mismos argumentos por parte de las letras (letrados de la administración) para justificar su necesidad de ubicación en el entramado de mecanismos de poder que bajo diferentes formas conviven en Castilla durante el reinado de Felipe II.

La inserción de los valores propios de la cultura nobiliaria tales como el honor, la virtud, la sangre, en el conjunto de relaciones sociales, posibilitará la aparición de un conjunto retórico que tratará de perpetuarse y se reflejará en los libros dedicados a la nobleza (las armas). En contraste, la oposición a los valores nobiliarios por parte de capas sociales cada vez más numerosas da origen a la necesidad de elaborar un discurso similar al nobiliario, que utiliza sus propios argumentos legitimadores. En la nobleza encontramos una aparente conjunción entre las armas y las letras, representadas como cuerpo simbólico en la biblioteca y la armería de la casa noble, plasmación de la armonía entre las letras y las armas dentro del ideal nobiliario\(^{43}\), la sociedad de los letrados tratará de armonizar ambas esferas de la realidad, situando a la vieja clase aristocrática en una posición de preeminencia, compartiendo su lugar con los grupos emergentes deseosos de una situación de privilegio en función de sus méritos personales. Lo que se discute aparte del status de unos sobre otros, es como ya hemos indicado, el poder. La sangre frente al mérito, De manera que el diálogo de las armas y las letras representa en sí mismo una parte más del debate sobre el poder que se desarrolla a lo largo de los siglos modernos en Occidente.

Concluimos con las ideas básicas que se desprenden del pensamiento de Miranda en la formulación que realiza del Discurso de las Armas y las Letras: en primer lugar evidenciar la necesidad de encontrar un nuevo prototipo de hombre. Un Gentilhombre al modo del nuevo ciudadano que desde Italia se impone en la pluma de los intelectuales, y que también encuentra resonancias en Inglaterra\(^{44}\). Un segundo elemento resultaría de la profesionalización de las labores administrativas.

Desde la óptica del individuo que ha pasado de la espada a la pluma, Miranda realiza un recorrido por los elementos esenciales de la sociedad, manifestando en este diálogo cómo desde una perspectiva etic es posible analizar los mecanismos de inserción y exclusión de la sociedad de unos grupos y de otros. Sirviendo como nexo de unión entre el diálogo del ánima y el cuerpo, en el que comprobamos la división del hombre en cuerpo y alma, y como ésta era aplicada a la sociedad, y el diálogo del honor, que representa un tratado nobiliario en cuanto su estructura y dinámica argumental, el presente diálogo ofrece una explicación a la dinámica social imperante y

\(^{43}\) Véase el artículo del profesor CARRASCO MARTÍNEZ, A.: «Guadalajara...».

refleja por encima de las consideraciones morales que manifiesta\textsuperscript{45}, una interpretación sobre el poder y las diferentes formas de ejercerlo. Como hemos visto es un perfil más dentro de la caracterización que se realiza de la nobleza y en un sentido más profundo del poder.

4. NOTAS FINALES A MODO DE CONCLUSIÓN

Sin alejarse en demasiado de la ideología dominante en Castilla y en todo el Occidente mediterráneo, Miranda pinta con trazos más simples el primero, un lienzo de la nobleza de su tiempo y de la confluencia de posturas que encontramos en la elaboración del discurso social de la elite de poder.

Miranda, defensor de la nobleza y de sus valores, muestra una especial preocupación por definir la virtud política que tienen todos los miembros de la comunidad, si bien en este sentido, el concepto comunidad queda sin contenido para la realidad castellana dejando en el alero la verdadera dimensión que el propio autor confiere a la sociedad política del momento. Las circunstancias particulares que Miranda ofrece a los lectores en su texto, se reúnen al ofrecer la posibilidad de vincular la virtud y el honor derivado de ella a un conjunto más amplio de individuos. Con ello quiere significar abiertamente cómo desde el mérito individual se puede llegar a alcanzar la nobleza.

El autor de los \textit{Diálogos} cifra la virtud en un comportamiento singular, ajeno a la fuerza de la sangre, que para él no juega un papel determinante en la actuación del hombre: Individualismo social de Miranda. La nobleza se la debe hacer uno mismo, es más importante ser cuna de nobleza que heredero, nos dice.

Igualmente significativa resulta la consideración que de la nobleza (el honor), se trata de una cualidad alejada de las riquezas materiales. El desarrollo de un discurso acumulativo con respecto al ejercicio de un hábito relacionado con la \textit{areté}, permite a Miranda establecer los mecanismos de exclusión del sistema, vinculando la permanencia de dichos valores más allá de una simple argumentación retórica coyuntural. La virtud adquiere una dimensión espacio-temporal nueva, y relaciona a sus poseedores con la sociedad en un lenguaje de signos de carácter político que se distribuyen de manera homogénea por todo el estamento, si bien no llegan a representar una realidad social efectiva.

La nobleza experimenta así un proceso de conceptualización marcadamente elaborado mediante la constante adaptación a las circunstancias, tomando prestado una serie de conceptos pertenecientes a otras esferas sociales y reinterpretándolos con un objetivo marcadamente político.

\textsuperscript{45} FERRERAS, J.: «La autorie...» p. 412.
Esta es la conclusión final que se puede extraer de la lectura del diálogo: la constante y teatralizada discusión entre unas y otras. Resulta evidente, y algunos autores ya lo pusieron de manifiesto, que en la segunda mitad del siglo XVI comienza a ocurrirse un cambio entre la concepción de virtud de los caballeros y los letrados. Producto de esa transformación conceptual de la virtud, los intelectuales reelaboran su discurso acercándose más a la postura de los caballeros que a la de los letrados.

---